

¿Hay alternativa a la autodestrucción?

Jordi Corominas

“Abandonad toda esperanza,
quienes aquí entráis”

Inscripción en la puerta del infierno
(Dante, *La Divina Comedia*)

James Hansen, climatólogo de la NASA, uno de los más importantes especialistas mundiales en cuestiones de cambio climático, asevera: “El planeta Tierra, [...] está en peligro, un peligro inminente. Ahora tenemos pruebas evidentes de la crisis [...]. La sorprendente conclusión es que la continua explotación de todos los combustibles fósiles de la Tierra no solo amenaza a millones de especies del planeta, sino también a la propia supervivencia de la humanidad y en un plazo de tiempo inferior al que se suponía”¹.

James Hasen es un pequeño ejemplo de un hecho muy notorio: nuestro tiempo es el primero en el que se establece un consenso científico relevante sobre las causas y los efectos del calentamiento global en el que está implicado la acción humana. El informe del GIEC², (Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático), en



ingles IPCC, representa este consenso de la comunidad científica internacional. Esta comunidad científica, desde toda suerte de disciplinas, no deja de proferir gritos de alarma y de enfatizar la naturaleza potencialmente catastrófica del cambio climático.

¿Si no hacemos nada estamos abocados realmente al exterminio de una parte de la humanidad o de toda ella en el medio plazo, es decir en este siglo, como nos advierte James Hasen? Es lo primero que tenemos que examinar antes de plantearnos si podemos hacer algo y si contamos con alternativas a la catástrofe que pronostica J. Hasen.

1. Científicos, filósofos y ecologistas, ¿agoreros o realistas?

De entre la multitud de cuestiones inquietantes sobre nuestro futuro inmediato que podemos evocar me centraré somera-

¹ J. E. Hansen, *Storms of my Grandchildren. The Truth About the Coming Climate Catastrophe and our Last Chance to Save Humanity*, Nueva York, Bloomsbury, 2009, p.11

² Los múltiples informes del GIEC insisten en que el planeta se está calentando y en que la actividad humana es un factor importante del calentamiento actual: <https://www.ipcc.ch/>

mente en tres: la crisis del coronavirus, el punto de no retorno del cambio climático y la imposibilidad de un incremento continuo y exponencial de la producción de bienes materiales tal como se da en la actualidad.

1. 1. El coronavirus: señal de alarma

Más que una antesala de una futura crisis ecológica la crisis mundial provocada por el coronavirus parece ya un momento de esta crisis, pues ni su origen ni sus efectos pueden comprenderse cabalmente sin la destrucción de hábitats por las actividades humanas. La desaparición de ecosistemas a gran escala, la eliminación de cientos de miles de especies, la deforestación acelerada, el comercio y el contrabando globalizado de animales silvestres (muchos para consumo humano), los nuevos hábitos alimentarios de muchas especies, la creciente convivencia en ciudades entre animales y humanos y la aceleración de los viajes globales, están detrás del origen y la expansión de enfermedades infecciosas como el coronavirus. De hecho, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), El 75% de las nuevas enfermedades humanas surgidas en los últimos 40 años tienen su origen en animales. Dos tercios de todos los tipos de patógenos que infectan personas saltan de un animal a un ser humano.

Los investigadores en ecología de la enfermedad explican que, cuando se destruye un ecosistema se rompe una serie de equilibrios que actúan para contener los agentes infecciosos responsables de enfermeda-

des. Se evapora lo que denominan “efecto dilución”. Este efecto hace que, en un ecosistema donde existen muchas especies susceptibles de alojar un virus concreto, la prevalencia de la infección en una especie concreta baje al haber más variedades a las que el virus puede infectar. El patógeno no puede acabar en un animal no vulnerable que detiene su ciclo. Además, si existe una mayor diversidad de animales, las especies que no transmiten un determinado tipo de enfermedad compiten con las que sí pueden transmitirla. Y ésta no es la única manera de disipar una enfermedad. Los depredadores de un hábitat sano controlan las poblaciones que albergan y transmiten el patógeno. Hay menos posibilidades de que circule. Todo esto diluye la enfermedad entre muchas especies y acota la expansión de las variedades víricas³.

Es difícil establecer un tipo de experimento que demuestre fehacientemente la hipótesis del “efecto dilución” y cuantificar su efecto real en las epidemias mundiales, pero incluso aquellos científicos que rebajan la importancia del “efecto dilución” remarcan que la actividad humana, al amenazar la viabilidad de tantas especies, cambia la dinámica de las otras y tiene consecuencias patógenas e infecciosas para las especies sobrevivientes, también para la nuestra⁴.

3 Khalil, H., Ecke, F., Evander, M. et al. *Declining ecosystem health and the dilution effect*. Sci Rep 6, (2016).

4 M. G. Roberts, J. P. Heesterbeek, “[Quantifying the dilution effect for models in ecological epidemiology](#)” The Royal Society Publishing, 2018.

1.2. El punto de no retorno del cambio climático y los escépticos de este cambio

António Guterres, secretario general de la ONU, advertía a finales del año 2019 que nos estamos precipitando hacia el punto de no retorno del cambio climático⁵. Si la temperatura media sobrepasa más de 1,5 grados en relación con la del período preindustrial, existe el riesgo de que se desencadene un proceso irreversible de cambio climático. Un ejemplo: según John Church el casquete glaciar de Groenlandia contiene suficiente hielo para incrementar en 7 metros el nivel de los mares⁶. Ahora bien, algunos especialistas estiman que el punto de no retorno del deshielo se sitúa entre 1,5°C y 2°C de calentamiento⁷. “Una vez desencadenada la destrucción del casquete glaciar de Groenlandia será imposible detenerla antes de que se alcance un nuevo equilibrio energético del sistema Tierra. Entretanto, esta destrucción puede provocar un encadenamiento de retroacciones: transformación de la Amazonía en sábana, dislocación de los glaciares gigantes de la Antártida, derretimiento irreversible del permafrost”⁸.

Creo que es prácticamente imposible hacerse una idea de lo que supondría para la humanidad este escenario, pero quizás

no sería una hipótesis demasiado atrevida pensar que si nuestra especie sobrevive en él sería con una población mucho menor y que las personas de mas bajos recursos serían la principal “variable del ajuste”, las principales víctimas del cataclismo.

Antes de dar por sentada esta posibilidad hay que tener en cuenta a los llamados escépticos del cambio climático⁹, un grupo nada despreciable de científicos que siguen cuestionando hoy los informes del GIEC y el pretendido consenso científico sobre el cambio climático¹⁰. No niegan que se esté produciendo un cambio climático,

9 Los escépticos ambientales han argumentado que hay un interés político en los escenarios que nos presenta el movimiento ecologista, que, sobre la base de la evidencia existente, es demasiado pronto para introducir reformas en el sistema que redunden en la protección del medio ambiente. Es más, muchos de ellos piensan que el ecologismo es una creciente amenaza para el progreso social y económico y para las libertades civiles y así lo han expresado en diversas declaraciones. Por ejemplo, en el [llamamiento de Heidelberg](#), o en la [declaración de Leipzig \(2005\)](#).

10 Una lista de científicos importantes podemos encontrarla aquí: [lista de científicos escépticos](#). Cabe destacar la afirmación de István Markó, químico y presidente de la Sociedad química europea, como muestra de una crítica recurrente que hacen los científicos escépticos a los “científicos ecologistas”: “Il y a, d’un côté, la parole sacro-sainte du GIEC, les affirmations répétées tant de fois qu’elles en sont devenues des vérités incontestées et non contestables, peu importe leur véracité scientifique, les mantras des ONG environnementales qui ont tout à y gagner et le lavage de cerveau constant de la population depuis la plus tendre enfance. De l’autre, il y a quelques scientifiques, de plus en plus nombreux faut-il le dire, qui essayent de faire entendre leurs voix, qui apportent des arguments scientifiques contradictoires de plus en plus gênants pour les ténors du barbecue mondial. David contre Goliath. Mais la science n’est plus la partie importante de l’équation. Aujourd’hui, le rationnel scientifique et l’argumentation solide, basés sur des faits établis et non des calculs théoriques simplistes et des prédictions plus erronées les unes que les autres, ont laissé la place à l’idéologie, à l’émotionnel, au quasi-religieux. Difficile de dialoguer dans de telles circonstances”. Cf. Istvan Marko, [Contrepoints](#) 05/06/2017 y también su libro *15 vérités que dérangent*, French and European Publications Inc, 2015.

5 A. Guterres, “[Cambio climático y medio ambiente](#)”, conferencia ONU, 1/12/2019

6 <https://www.lavanguardia.com/natural/cambio-climatico/20190812/464006033693/john-church-crisis-climatica-calentamiento-fundacion-bbva-fronteras-del-conocimiento.html>

7 D. Tanuro, “[Cumbre por el Clima en Madrid: de COP en COP, se acerca el cataclismo](#)”, *El Viejo Topo*, 3/12/2019.

8 *Ibid.*

lo que ponen en duda es que haya una contribución significativa de las actividades humanas en él. Sostienen que el acuerdo mayoritario de la comunidad científica que exhibe el GIEC es más político que científico y que los científicos que lo cuestionan se ven reducidos a la clandestinidad.

Estos científicos, críticos con los planteamientos del GIEC, acusan a los climatólogos de fundamentar sus afirmaciones sobre modelos incompletos y poco confiables, más basados en prejuicios políticos que en hechos. Según ellos, las ciencias del clima incluyen teorías y representaciones físicas muy simplificadas de procesos complejos sin validaciones rigurosas y siempre mezcladas con intereses políticos¹¹.

A este respecto, son muy interesantes las observaciones, críticas con estos escépticos del cambio climático, del filósofo de la ciencia y sociólogo Bruno Latour¹². En sus escritos nos advierte que, contra el dogma establecido de que la ciencia es objetiva, escéptica y nada tiene que ver

con la política, nunca se pueden separar completamente los hechos científicos de toda valoración subjetiva y política. Esta pretendida neutralidad científica se estaría volviendo precisamente cada vez más impracticable en el marco de la crisis ecológica dado que en ella los datos científicos se vuelven inseparables de una postura de alerta: “describir es siempre no solo informar, sino también alarmar, conmover, poner en movimiento, llamar la atención, tal vez incluso dar el toque de arrebato”¹³. La producción misma de los datos acarrea una postura híbrida entre enunciados fácticos y enunciados de alerta. “Es como si alguien nos dice que un ejército enemigo va a entrar en nuestra casa. Como debemos comprenderlo: ¿como un hecho o como una llamada a la defensa? Son enunciados híbridos que tienen una dimensión performativa: una llamada a cambiar nuestras formas de vida”¹⁴. Según Latour, esta hibridación entre hechos y valores, ciencia y política incomoda a los escépticos climáticos, generalmente apoyados por corporaciones y políticos a su servicio incómodos con los hallazgos científicos.

Bruno Latour reconoce que entre los escépticos del clima hay muchos científicos que lo son honestamente, sin ninguna voluntad de esconder intereses políticos. El problema, señala Latour, es que mantienen el presupuesto de que la ciencia es

11 A su vez los escépticos del cambio climático también son acusados de seguir intereses políticos. Esto permite explorar también las financiaciones o los partidos políticos de unos y otros que hay detrás tanto de los escépticos del cambio como del GIEC. Con los mismos instrumentos que nos permiten rastrear la producción científica (motores de búsqueda, herramientas bibliométricas, mapas de las blogosferas), es posible seguir las pistas de los nombres, los lobbies y las credenciales de los que están detrás de algunos escépticos del clima. Por ejemplo, el trabajo de la filósofa de la ciencia: Naomi Oreskes, *Merchants of doubt*, Bloomsbury Press, 2010 establece conexiones de los escépticos del clima con grandes petroleras, fabricantes de cigarrillos y republicanos estadounidenses.

12 B. Latour, *La construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza, 1995.

13 B. Latour, *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2017, p. 41.

14 *Ibíd.*

forzosamente unánime, y, por tanto, no consideran que la ciencia del clima sea una verdadera ciencia, pues hay un gran número de controversias en su interior¹⁵.

Algunos de estos escépticos del cambio climático, totalmente honrados, mantendrían lo que en filosofía llamamos un “realismo ingenuo”¹⁶, es decir, la creencia de que podemos mirar la tierra globalmente desde fuera, desde un punto de vista distante al que el observador puede saltar idealmente para ver las cosas “como un todo”¹⁷. Y, ciertamente, los modelos construidos por los meteorólogos y climatólogos no tienen nada que ver con esta visión ingenua y “pura” del conocimiento científico. Los climatólogos tienen, según Latour, una visión global de la naturaleza conseguida a partir del ensamblaje e hibridación de diferentes disciplinas (ciencias naturales y sociales) y de entidades contradictorias: datos proporcionados por los satélites, anillos de crecimiento de los árboles, diarios de navegación de viajeros muertos hace muchos años, núcleos de hielo, historia de la geología, etc. Por ello, suelen ser los matemáticos y los físicos, provenientes de ciencias “naturales”, los que más critican los métodos de la GIEC. No quieren mezclar sus métodos con el de las ciencias sociales ni se sienten nada cómodos con la hibridación que practican las ciencias del clima.

Ahora bien, más allá de la discusión sobre el valor científico de las ciencias del clima, necesariamente a caballo de las ciencias naturales y las sociales, podemos seguir preguntándonos si no será cierto que al fin y al cabo nuestra acción es insignificante respecto al cambio climático y que, por tanto, estamos utilizando la ciencia con el interés político de criticar el sistema capitalista. También podemos plantearnos que si existe una clara discrepancia científica los que no somos científicos ni conocemos el debate de primera mano no deberíamos tomar partido por unos y otros, por más que haya una mayoría de científicos que coincidan en que la actividad humana es un factor decisivo en el calentamiento global.

Admitamos que podríamos estar haciendo el juego a determinados intereses políticos e incluso nuestra ignorancia para tomar partido con conocimiento de causa en el debate climático. ¿No deberíamos como mínimo coincidir todos en el principio de precaución? Es decir, en adoptar medidas protectoras y favorecer cambios políticos ante la sospecha de que podemos estar poniendo en riesgo las futuras generaciones, por más que no haya una confirmación científica unánime de que nosotros tengamos parte de la responsabilidad.

También podemos coincidir todos en que el problema ecológico implica muchísimas más cuestiones que el calentamiento global, como son la disminución de la biodiversidad, la destrucción del medio, el hacinamiento en las ciudades, y una

15 B. Latour [“la guerre du climat doit avoir lieu”](#), L'Express, 25/9/2013

16 X. Zubiri, *Inteligencia sentiente*: volumen I, Inteligencia y realidad, A. Editorial, Madrid, 1980

17 B. Latour, [“Esperando a Gaia. Componer el mundo común mediante las artes y la política”](#), Cuadernos de Otra parte. Revista de letras y artes, n. 26, 2012, p. 72.

contaminación galopante que es causa de enfermedades y muertes. Cuestiones éstas, que nadie pone en cuestión que degradan la propia vida humana aún en el supuesto de que no tuviéramos ninguna responsabilidad en el calentamiento global. A nadie le gusta vivir en un basurreo, en un *bidonville* o llevando máscaras permanentemente para protegerse de la polución como es ya el caso en muchas ciudades del mundo.



Foto de Dolors Gibert. Sèrie "Natura i territori".

Supongamos que soy un científico y que después de estudios concienzudos llego a la conclusión de que efectivamente la mayoría de los climatólogos y demás científicos que prevén el cambio climático por efectos de la acción humana están equivocados y que éste se debe exclusivamente a factores externos, aún en este caso puedo plantearme acciones técnicas que alteren la evolución natural del clima y que salvaguarden a la humanidad entera. La evolución hoy más que nunca está en parte en nuestras manos. Si puedo crear nuevas realidades vivas y puedo incluso modificar la realidad humana tam-

bién puedo poner el desarrollo científico al servicio de la humanidad.

Y es que en lo que respecta a la naturaleza las ciencias naturales y las sociales cada vez se pueden distinguir menos. Bruno Latour ve reflejada esta indistinción en el término que propuso el ganador del Premio Nobel Paul Crutzen, y que ha hecho fortuna: el de "Antropoceno"¹⁸. Con este término se pretende calificar un periodo geológico que va de la revolución industrial hasta la actualidad en el que el ser humano se habría convertido en el factor principal de modificación del medio ambiente. No hay una naturaleza que haga las cosas por un lado y una humanidad por otro. De hecho, en la actualidad el ser humano y la evolución misma está en parte en nuestras manos.

1.3 La imposibilidad de un crecimiento continuo del actual sistema

El crecimiento, que lo hay de muchos tipos, no va necesariamente ligado a la destrucción de la naturaleza, pero si que va el crecimiento del actual sistema capitalista donde los inversores ven la naturaleza como un simple recurso natural del que pueden obtener beneficios. Todo, personas y naturaleza, se convierte en recurso para aumentar los beneficios.

La raíz del problema ecológico de nuestro sistema de producción capitalista actual, tengan razón o no los escépticos del

¹⁸ El término es muy popular, pero no ha sido aprobado todavía por la Unión Internacional de Ciencias Geológicas. Cf. "[Antropoceno](#)"

cambio climático y en cualquiera de los planteamientos que asumamos de nuestra relación con la naturaleza, es que la economía en su conjunto debe crecer para mantenerse saludable. El crecimiento es un problema estructural del capitalismo vigente¹⁹. Ciertamente ha habido períodos significativos en los que las economías capitalistas no han crecido. Sin embargo, todos esos períodos (recesión, estancamiento, depresión) han tenido consecuencias funestas para la mayoría de la población. La salud económica del capitalismo vigente depende de la “confianza de los inversores” o, más exactamente, como lo expresó Keynes, del “espíritu animal” de los inversores²⁰. Si los inversores no prevén un retorno saludable de sus inversiones, en proporción a los riesgos que están tomando, entonces no invertirán. Si los inversores no invierten, su pesimismo se convierte en una profecía autocumplida. La falta de inversión se traduce en despidos, y a continuación, dado que los despidos conducen a una disminución en el consumo, la economía se desliza hacia la recesión y hacia condiciones de miseria para una buena parte de la población.

El capitalismo actual, para mantenerse estable, requiere una tasa constante de crecimiento. Una tasa de crecimiento relativamente modesta del 3% anual implica duplicar la economía mundial cada 25

años. Por tanto, un crecimiento “saludable” implica siempre un crecimiento exponencial. Como señaló hace mucho tiempo el economista Kenneth Boulding solo un loco o un economista podrían creer que el crecimiento exponencial puede continuar para siempre en un mundo finito.

Desde un análisis sobre la última crisis del capitalismo (2007-2008), el filósofo André Gorz señala que el decrecimiento es un imperativo de supervivencia, si queremos salvar a la humanidad en su conjunto, y que su puesta en marcha supone otra economía, otro estilo de vida, otra civilización y otras relaciones sociales. Y añade: “Sin estas premisas, sólo se podrá evitar el colapso a través de restricciones, racionamientos, repartos autoritarios de recursos característicos de una economía de guerra. Por tanto, la salida del capitalismo tendrá lugar sí o sí, de forma civilizada o bárbara. Sólo se plantea la cuestión del tipo de salida y el ritmo con el cual va a tener lugar”²¹.

El fin del capitalismo neoliberal global actual no prefigura qué sistemas le sucederán: podemos efectivamente desaparecer como especie o pueden nacer sociedades neofeudales o un capitalismo global de corte totalitario, pero también es posible alumbrar sistemas más justos y solidarios. Pero antes de plantearnos los posibles escenarios futuros debemos reflexionar sobre el telón de fondo de la relación

19 Lo explica muy bien este matemático y filósofo: D. Schweickart, *Más allá del capitalismo*, Sal Terrae, Bilbao, 2002.

20 Cf. John M Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2001, pp. 141.

21 A Gortz. “La salida del capitalismo ya ha empezado”, *Ecorev Revue Critique d'ecologie politique*, 2008/9, nº 28, p. 2.

entre los seres humanos y el resto de la naturaleza.

Esta cuestión, no solo impregna la misma discusión científica de los tres hechos que hemos mencionado: coronavirus, cambio climático y crecimiento económico, sino la discusión ecológica de todas las personas envueltas en ella: militantes de diversas causas, feministas, religiosos, ateos, indigenistas, animalistas, ecologistas, etc. Es más, muchas discusiones y valoraciones sobre el ecologismo están atrapadas en una forma de pensar la relación entre lo humano y el resto de la naturaleza. Varadas en lo que podríamos llamar presupuestos naturalistas (el ser humano es un mero trozo de la naturaleza), o en presupuestos idealistas (la naturaleza es un contenido de la conciencia y está al servicio del ser humano). Por ello creo que es decisivo, aunque sea a vuelo de pájaro, ver como se ha pensado esta relación entre naturaleza y ser humano para tratar de escapar de prejuicios, de formas de pensar que precisamente son muy eficaces porque no nos damos cuenta de como lastran nuestra mirada y nuestros planteamientos.

2. La relación entre los seres humanos y la naturaleza

En el horizonte del pensar griego la relación entre el ser humano y la naturaleza se pensó prioritariamente desde una visión “naturalista”: El hombre es concebido como un mero “trozo de la natura-

leza”. En el horizonte judeocristiano, en cambio, se pensó la naturaleza como creada por alguien. Desde esta visión “creacionista”, que culminará en el idealismo del pensamiento moderno, el “yo” humano no es un trozo de la naturaleza, sino que la trasciende²². En este horizonte, lo primordial, el punto de partida, es la interioridad, el “espíritu humano”, la intimidad singular de cada uno, y no es posible reducir la persona y su conciencia a la naturaleza porque sin conciencia moriría también la naturaleza, el mundo, ya que sólo hay naturaleza ante una luz consciente²³. Es por esta trascendencia que, en la actualidad, al menos sobre el papel, se considera que el ser humano es libre y digno. La **dignidad** hace aquí referencia al valor absoluto inherente al ser humano por el simple hecho de serlo. Como afirma Kant el ser humano no tiene precio sino valor, no es un medio

22 X. Zubiri, *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos*, A. Editorial, Madrid, p. 52.

23 Juan Ramón Jiménez expresa muy bien este horizonte en la poesía “Con tu luz” de Una colina meridiana:

“Con tu luz me unes a ti, sol:
tú me unes a todo lo que luces.
Por tu luz soy más grande que todo lo que veo. [...] Yo soy el único
que podré consolarte, sol,
con mi grandeza interna,
mayor que tu grandeza interna
(si tú algún día puedes comprenderlo)
de no ser más que un astro que ilumina
los sueños de los otros y los lleva.
Tú, sol, no eres un dios,
eres tú menos dios que yo soy dios y hombre;
porque no sabes tú qué eres, qué es Dios, ni qué yo soy,
y yo sé qué y quién tú eres y no eres.”

sino un fin en sí mismo²⁴.

Este modo de ver, este horizonte moderno, está en la base de la declaración universal de derechos humanos, pero también se ha tendido a desarrollar en este horizonte una visión antropocéntrica, esto es, a considerar el ser humano como el centro del Universo y a pensar la naturaleza como un objeto entregado no a su cuidado, sino a su explotación y dominio.

En la postmodernidad no es infrecuente una visión opuesta, un retorno al horizonte griego, a una visión biocentrista donde el ser humano es un mero accidente de la vida en general. Para algunos este accidente sería un gran error de la naturaleza, una terrible amenaza biológica. La “supervivencia del más fuerte” habría llevado a la aparición de una especie universalmente exterminadora, la humana, abocada a terminar con la vida sobre el planeta. Y, por tanto, lo mejor sería precisamente autodestruirse en pro de la vida y las demás

especies²⁵. No se ve muy bien porqué no se aplican el cuento los que propugnan esta solución ni tampoco el sentido que puede tener el exterminio voluntario de la especie humana teniendo en cuenta que la desaparición del ser humano, e incluso la de la vida en la tierra, inevitable cuando el Sol se convierta en una gigante roja, no tiene ningún valor, ni importancia, ni consecuencia, para la inmensidad material del universo, suponiendo que solo haya uno²⁶.

3. El humanismo ecológico

En el mundo contemporáneo, como desde luego en la filosofía y la historia de las ideas que aquí no hemos hecho más que caricaturizar en aras de mostrar ciertos esquemas, hay planteamientos que creo que asumen mejor la complejidad, que nos acercan más a la realidad y que no tie-

24 “En el sistema de la naturaleza el hombre [...] es un ser de escasa importancia [...]. Ahora bien, el hombre, considerado como persona, es decir, como sujeto de una razón práctico-moral, está situado por encima de todo precio; porque como tal [...] puede valorarse [...] como fin en sí mismo, es decir, posee una dignidad (un valor interno absoluto), gracias a la cual infunde respeto hacia él a todos los demás seres racionales del mundo”. Cf., I. Kant, *La metafísica de las costumbres* (1797), Tecnos, Madrid, 2012. pp. 298-299.

25 Hay toda una gradación en el antihumanismo ecológico. El más radical lo encontramos en todos aquellos que abogan por la extinción de la especie. Por ejemplo, [el movimiento para la extinción humana voluntaria](#) fundado en 1991 por Les U. Knight. Le siguen los planteamientos de la ecología profunda que considera la naturaleza como un sujeto, que reivindica sus derechos, incluyendo los de sus formas vegetales y minerales, y que pretende la sustitución del contrato social por un contrato natural. Cf., A. B. Devall, A. Naess, *The Ecology of Wisdom*, Counterpoint, Berkeley, 2008. Y después podríamos situar la ecología utilitarista, principalmente representada por el movimiento de liberación animal, que entiende como seres sujetos a derecho a todos los seres capaces de sentir placer y dolor y a la naturaleza como un gran viviente. Cf. P. Singer, *Liberación Animal*, Trotta, Madrid, 1999. Luc Ferry advierte que estos movimientos ecologistas, al rechazar y refutar todo tipo de humanismo, coquetean con los regímenes totalitarios y con el fundamentalismo político y religioso. Cf. L. Ferry, *El nuevo orden ecológico*, Tusquets, Barcelona, 1994.

26 Otra cuestión es que se propugne el suicidio para evitar el propio sufrimiento, como es el caso de D. Benatar. Al menos es una posición coherente. Cf. D. Benatar, *Better Never to Have Been: The Harm of Coming Into Existence*, Oxford University Press, 2006.

nen necesidad de reducir lo humano para exaltar la naturaleza (naturalismo-biocentrismo) o de salvar lo humano a costa de la naturaleza (idealismo-antropocentrismo). Es lo que podríamos llamar el horizonte del humanismo ecológico, un horizonte que subraya la imbricación entre el ser humano y la naturaleza. No se parte, por decirlo así, de la naturaleza para llegar al hombre, ni del ser humano para llegar a la naturaleza, sino de su interacción. No se habla del ser humano como de un organismo más, ni de la naturaleza como distinta de la persona, sino de la relación entre la persona y el resto de la naturaleza²⁷. Este humanismo ecológico recupera la definición de naturaleza que daban los griegos (*physis*) como “brotar”, o “surgir”, pues, por analogía con el brotar propio de la vida, la naturaleza, desde la “gran explosión” que dio origen a nuestro cosmos, se caracteriza por el continuo surgir de nuevas realidades.

Ahora bien, si la naturaleza consiste esencialmente en un “brotar”, ese brotar llega a su máxima expresión en el “surgir” que tipifica la acción humana. En cualquiera de nuestros actos “surgen” cosas (un teorema, un sonido, una luz, un personaje inventado, un dolor) y ahora de nuestros actos incluso pueden surgir nuevas

realidades vivas. Como vio muy bien Descartes podemos dudar de todas las cosas que se nos actualizan en nuestros actos, pero no de la inmediatez de estos. De este modo, la persona es plenamente naturaleza, su cuerpo es un organismo entre otros organismos, pero, paradójicamente, siendo naturaleza, el ser humano es diferente de todos los demás sistemas naturales por este continuo surgir de cosas en sus actos y por la inmediatez que adquiere en él este “surgir”²⁸. Como expresa poéticamente Ernesto Cardenal somos cosmos consciente²⁹.

Por otra parte, siendo “indubitables”, los actos son también invisibles. El acto de ver no puede ser visto, el acto de oír no puede ser oído, etc. En su inmediatez, no se pueden poner “delante” de nosotros, como si fueran cosas. Por eso mismo, los actos constituyen la fibra misma de nuestra vida. Una vida invisible, pero inseparable de las cosas y de la realidad³⁰. Podríamos decir que toda espiritualidad mantiene de algún modo la llama de esta transparencia o invisibilidad de la vida. No estamos hablando de algo místico, o de una fe religiosa, sino de algo inmediato aprehensible por cualquiera, de un hecho indubitable, pues es en él donde se actualizan todos los demás hechos: científicos, históricos o de cualquier otra índole.

27 Diferentes autores de raíz fenomenológica ponen el énfasis en el ser humano como ser relacional con los demás y con las cosas. Aquí sigo los planteamientos de Xavier Zubiri. En la ciencia contemporánea basta recordar la tesis de la mecánica cuántica según la cual el observador interviene en sus propias mediciones, de modo que no es posible calcular al mismo tiempo la posición y el spin de un electrón y que implica, en el caso que nos ocupa, que no podemos situarnos en una mirada objetiva, por encima o más allá de esta relación entre el observador y lo observado, entre ser humano y naturaleza.

28 Para comprender las partes más técnicas del artículo puede leerse A. González, *Surgimiento. Hacia una 'ontología' de la praxis*, 2014. Y también su artículo “Oikos kai physis: hacia un nuevo paradigma ecológico”, publicado en este mismo número de *Periferia CPG*.

29 E. Cardenal, *Cántico cósmico*, Trotta, 2012

30 A. González, “El arte rupestre”, *PENSAMIENTO*, vol. 75, 2019, n.283, p. 1053



Foto de Dolors Gibert. Sèrie "Natura i territori".

Esta vida "surgente", propia del ser humano, es a la vez biológica y biográfica³¹. Sin lugar a duda, con el colapso de la sustantividad del organismo bio-social que somos, morimos. También cuando se agotan todas las posibilidades de cualquier proyecto o idea que queramos realizar en el futuro lejano o en el más inmediato. Pero fijémonos que la muerte biográfica no va siempre pareja con la biológica. Puedo pasar años, por ejemplo, entubado en un hospital, viviendo como un mero organismo. Una vida plenamente humana necesita de la vida biográfica. Del mismo modo, también morimos cuando olvidamos la vida surgente, la trama transparente originaria de la vida humana, los actos donde surgen las cosas. Este olvido deshumaniza al ser humano, lo convierte en cosa, en algo medible por su productividad y eficacia, y utilizable, como es muchas veces el caso en nuestro sistema

económico, como una mera mercancía. Es la muerte espiritual. Por supuesto, en la cosificación del ser humano, desaparece su dignidad, pero también una de sus posibilidades más hermosas, la de las actividades lúdicas, la del ocio, la de no hacer nada, la de la contemplación. Como ya observaban los griegos el ocio es mucho más importante que el negocio³². El ocio es una acción que se persigue por sí misma³³ y que se contrapone al negocio que se mueve en el terreno de la utilidad y las necesidades corpóreas.

Frente al paradigma sujeto-objeto, y al paradigma biocentrista, en el humanismo ecológico el ser humano se nos muestra como naturaleza, y al mismo tiempo como radicalmente distinto de todos los otros sistemas naturales. O, por decirlo de otro modo, el hombre es tan radicalmente natural que en él se da una inmediatez respecto a este brotar continuo de cosas que caracteriza la naturaleza: en el ser humano las cosas brotan y además él se da cuenta inmediatamente de este brotar.

Desde esta perspectiva, el humanismo ecológico otorga a la técnica un papel central y no solo porque la salida a la crisis ecológica

31 A. González, "La muerte del Dios vivo", en M. González Vallejos (ed.), *La muerte de Dios. Hacia una filosofía de la cruz*, Ril Editores, Santiago de Chile, 2019, pp. 171-209.

32 Aristóteles, *Política*, p. 1337b. ¿Cómo es que el ocio, que los griegos consideraban como virtud, haya pasado a ser considerado como vicio, y que el hombre ocioso, asociado a Grecia al hombre libre y virtuoso, se haya asociado al hombre pecador? ¿Y cómo es que la negación del ocio (negocio), que los griegos consideraban que era la condición propia de los esclavos, se haya convertido en la condición de los "hombres libres" de hoy?

33 "El ocio parece contener en sí mismo el placer, la felicidad y la dicha por la vida". Cf. Aristóteles, *Política*, VIII-5 1340a 8-10.

pasa por soluciones técnicas, pues de otro modo es imposible pensar que 7000 millones de personas puedan seguir habitando el planeta, sino porque la técnica pertenece esencialmente a la relación entre el ser humano y la naturaleza. La técnica no es algo de por sí opuesto a la naturaleza pues precisamente puede producir artificialmente productos naturales, como la insulina o los artefactos de la llamada “nanotecnología”, o hacer viable la vida humana desde que empezó a producir cantos rodados o hachas de sílex. El problema es la atadura de la tecnociencia a un sistema económico y social que exige, como condición de posibilidad para mantenerse, un crecimiento continuo y que, además, en este crecimiento, está más interesado en defender los intereses de un pequeño grupo que en el bienestar general de la humanidad.

4. Todo cambia. ¿Que cambios podemos intentar favorecer?

Tanto si nos consideramos un trozo de la naturaleza, trascendentes a ella, o tan reducativamente naturales que nuestro organismo es esencialmente diferente de todos los demás, todo cambia. Sólo con las tres cuestiones evocadas: pandemia, punto de no retorno y crecimiento del modelo económico actual, tenemos motivos más que suficientes para preocuparnos de nuestro inmediato futuro y para pensar que, desafortunadamente, J. Hasen, el climatólogo de la Nasa con el que hemos empezado el artículo podría tener razón. Pero ¿estamos todavía a tiempo de propiciar otros escenarios? Lo que es obvio es que, actuemos de

una manera o de otra e incluso no haciendo nada, las cosas cambian. Probablemente a peor si no hacemos nada, pero cambian. Y también lo es que lo que podemos hacer o dejar de hacer depende en alguna medida de este horizonte último en el que nos movemos implícita o explícitamente, por imposición cultural o voluntariamente.

Ecología, economía, política y cultura forman un sistema y el cambio profundo en uno de estos cuatro subsistemas repercute en los demás. La crisis ecológica puede provocar el cambio del subsistema económico y a la inversa. El cambio del subsistema político puede transformar el cultural y el económico y también la transformación cultural y de mentalidad puede alterar los demás subsistemas. La vertebración entre estos cuatro subsistemas es muy abierta: Podría haber un sistema económico sin crecimiento y absolutamente respetuoso con la naturaleza y que fuera antihumano, que tratara a las personas como esclavos, por ejemplo. Podría haber también sistemas muy justos e igualitarios, pero absolutamente depredadores con la naturaleza. Son muchas las combinaciones posibles y, obviamente, no basta con cambiar el sistema económico para solucionar el problema ecológico. El humanismo ecológico que aquí defiende presupone transformaciones profundas en los cuatro subsistemas, pero en la dirección de defender a la humanidad entera y las mejores condiciones de vida para todos.

5. Alternativas económico-políticas

Desde la segunda mitad del siglo XX, cuando quedó claro que el modelo soviético de planificación central ya no funcionaba, se han realizado muchas investigaciones sobre estas alternativas viables al capitalismo que tratan de tener en cuenta la humanidad entera. Las razones de porqué son tan poco divulgadas y conocidas son diversas, la más obvia es que los privilegiados del sistema actual defienden con uñas y dientes sus privilegios, pero también es cierto que siempre es más fácil destruir que construir, mirar más por los intereses propios que por los ajenos, ser agorero que dibujar futuros posibles, dejarse llevar por el miedo que invertir esfuerzos en la reflexión para salir adelante. En cualquier caso, hay cada vez mas escepticismo de que pueda mantenerse el modelo de capitalismo neoliberal global actual durante mucho tiempo. Lo que está en cuestión son los posibles escenarios futuros. Y éstos van desde el colapso total y el exterminio masivo de la humanidad hasta transformaciones democráticas en su beneficio.

6. Alternativas capitalistas

De un modo esquemático podemos llamar sistema capitalista a todo sistema que mantenga estos tres caracteres básicos: Un mercado libre, la propiedad privada de los medios de producción (la «fuerza de trabajo» de cada uno es una mercancía como cualquier otra, para ser comprada y vendida) y la propiedad privada del capital (que va de la mano de la asignación pri-

vada de fondos de inversión). Reformas o controles de cada uno de estos caracteres (introducir más impuestos, controlar más el mercado, nacionalización de algunas empresas etc.) no alteran la esencia del sistema, pero cualquier cambio profundo (un mercado controlado totalmente por una burocracia, la nacionalización de los medios de producción o el control absoluto del capital) de uno de ellos sí.

En este apartado vamos a enumerar alternativas que no conllevan la transformación del sistema capitalista en otro sistema económico.

6.1 El fin de la especie humana

Una de las estrategias del sistema para permanecer todo el tiempo que sea posible es la de convencernos de que no hay alternativa y de que adoptemos la psicología del enfermo terminal: “disfruta el tiempo que te queda que al final del capitalismo solo te espera el colapso”. Se ha conseguido, como dice J. Jameson, que nos resulte más fácil imaginarnos el fin del mundo que el final del capitalismo³⁴. Se consigue que pensemos que todo lo que puede sustituir este sistema tiene que ser necesariamente peor y que, por tanto, solo nos queda esperar el Apocalipsis

³⁴ F. Jameson, *Archaeologies of the Future: The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*, London & New York, 2005, p. 119.

de la mejor manera posible³⁵. Los medios de comunicación de masas no paran de evocar estos escenarios apocalípticos: III Guerra Mundial, invierno nuclear, virus que matan a la mayor parte de la humanidad y, en cambio, será mucho más difícil encontrar en ellos esbozos de un sistema económico, de un proyecto futuro de sociedad, que nos permita evitar la catástrofe.

Sin duda, la desaparición del ser humano está ya en nuestras manos. Una guerra nuclear que extermine totalmente la especie humana es una posibilidad. Para algunos fundamentalistas ecológicos es una buena solución: la Tierra sufre de una enfermedad llamada humanidad y se curará con la eliminación de esta raza. Ya sea por una guerra termonuclear o por otras calamidades. Esta es la conclusión de James Lovelock por

ejemplo³⁶. En los planteamientos de la llamada ecología profunda se llega a esbozar, con el pretexto de luchar contra el antropocentrismo, un rechazo del humanismo, y se tiende a situar en el mismo nivel a todos los seres vivos. ¿Realmente hay que considerar que el bacilo de Koch o el Anófeles tienen el mismo derecho a la vida que un niño enfermo de tuberculosis o de malaria?

6.2 Neofeudalismo

En el contexto del cambio climático es probable que aumenten los conflictos internos y externos de los estados (guerras, migración, aumento de la pobreza, enfermedades, etc.,) y el deterioro de las clases

35 Para colapsólogos como Pablo Servigne, Raphaël Stevens y Gauthier Chapelle, estamos ya en una especie de enfermedad terminal y de lo que se trata es de aceptarlo y dejar de luchar. El Titanic se hunde, pero aun podemos comer algunos canapés y echar un último baile. “Il ne s’agit pas de rechercher, ni de cultiver ces émotions dites négatives comme la peur, la colère, la tristesse ou le désespoir, et encore moins de se complaire dedans, mais simplement de les accueillir si elles arrivent, de les partager afin de retrouver un peu de paix, de joie et de plaisir d’être ensemble”. Cf. Pablo Servigne, Raphaël Stevens et Gauthier Chapelle, *Une autre fin du monde est possible. Vivre l’effondrement (et pas seulement y survivre)* Seuil, Paris, 2018. p. 269.

36 James Lovelock cobró notoriedad por formular como hipótesis científica que el planeta es un ser vivo posiblemente inteligente (su inteligencia es la evolución misma). Aunque su teoría ha sido muy citada por los adeptos de lo que llamo “religiones líquidas” (cf. J. Corominas, “La religió líquida”, *Horitzó, revista de ciències de la religió*, n. 1, Barcelona, 2020, pp. 35-55) para defender una relación espiritual con Gaia como si los seres humanos fuéramos la expresión de la conciencia colectiva de Gaia, Lovelock no defiende ninguna espiritualidad ni acciones estilo “salva al planeta, dejando de usar bolsas de plástico”, o cosas por el estilo. Lovelock cree que este tipo de cosas son una fantasía que nos han hecho creer para sentirnos mejor, pero que no sirven de nada. “Es demasiado tarde, -escribe-. Tal vez si hubiéramos tomado diferentes rutas en 1967, habría ayudado. Pero no tenemos tiempo. Estas cosas verdes, como el desarrollo sostenible, creo que son sólo palabras que no significan nada. Muchas personas vienen a mí y me dicen que no puedo decir eso, porque hace que no tengan nada que hacer [...] ¿Qué hacer ante todo esto? Disfruta la vida mientras puedas. Porque si tienes suerte quedan 20 años antes de que se venga abajo.” (Cf. Leandro Sequeiros San Román, “50 años de la teoría de «Gaia» en el centenario del nacimiento James Lovelock (1919-2019)”, *Razón y fe: Revista hispanoamericana de cultura*, T. 279, Nº 1439, 2019, pp. 335-346. Lovelock también considera que la especie humana es un “ornamento” de Gaia y, por tanto, perfectamente prescindible. Cf. J. Lovelock, *The Vanishing Face of Gaia: A Final Warning: Enjoy It While You Can*, Allen Lane, 2009.

medias, que han sido un elemento clave en el afianzamiento del estado capitalista. Éstas han sostenido el crecimiento económico vía consumo masivo y garantizado la estabilidad política. Su quiebra supone una creciente desestructuración social y el aumento de la xenofobia. En un contexto de escasez generalizada y probable caos es posible que surjan poderes autoritarios locales, nuevos señores feudales en la forma de caciques armados, como sucedió con la caída de Roma³⁷ y que se produzca una muerte masiva de personas. El capitalismo podría derivar en un sistema “neofeudal” fragmentado conformado por regiones más o menos aisladas cada una sometida a regímenes de diferente naturaleza. Algunos atroces con formas de esclavitud o servitud propias del medioevo.

6.3 Capitalismo neofascista o nacional-populista

Si en el pasado siglo los llamados estados del bienestar cuidaban sus servicios sociales compitiendo con los países “socialistas”, la incorporación de tales países al mercado capitalista mundial ha conducido paradójicamente a que los antiguos estados de bienestar tengan que competir a escala global con un capitalismo verdaderamente “salvaje”, donde vende más quien explota más. De ahí la erosión de los servicios

públicos, de los sistemas sociales (sanidad, educación, seguridad social, etc.) y la destrucción del medio ambiente.

Hay que conceder a las teorías liberales que el capitalismo ha introducido en las clases medias a millones de personas en Asia y otras partes del mundo y que ha reducido la pobreza. Sin embargo, esta reducción real de la pobreza va de la mano, en el sistema actual, de una forma de crecimiento que aumenta las diferencias sociales de forma abismal y que destroza el único planeta disponible, hasta el punto de hacerlo inhabitable para la propia especie. El aumento de las diferencias sociales tiene, además, otra fatal consecuencia. Ninguna democracia, ni local, ni nacional, ni global es pensable cuando las diferencias sociales son enormes. Simplemente decide el que posee más dinero.

Esto explica, en parte, el auge actual del nacional-populismo³⁸: el refugio de las personas en la identidad propia, los nacionalismos de la peor especie y el cierre de fronteras para evitar las migraciones provocadas por el propio sistema global. Para salvar el sistema las clases dominantes, o algunas naciones, podrían considerar medios bárbaros para salvarse a sí mismos y sus privilegios o simplemente dejar que la crisis ecológica y el sistema de posverdades de los medios de comunicación hagan su trabajo. *Stern Review* estima que si no se hace nada la pobla-

37 “Los ricos abandonaron las ciudades para establecer propiedades rurales autosuficientes [las villæ]. Finalmente, para huir de los impuestos, los campesinos entraron voluntariamente en relaciones feudales con estos terratenientes”. Cf. J. Tainter, *The Collapse of Complex Societies*. Cambridge University Press, Cambridge, Reino Unido, 1988.

38 Populismos. *Revista Perifèria, cristianisme, postmodernitat, globalització*, 2019.

ción mundial podría quedar muy diezmada por la crisis ecológica³⁹. El exterminio masivo⁴⁰ puede acompañar tanto el anterior escenario como una refundación autoritaria del capitalismo. Pero el exterminio no es “el fin del mundo”. Si las tres cuartas partes de la población actual perecieran, eso nos dejaría con 1.600 millones de personas, la población del planeta en 1900.

La historia muestra que condiciones sociales deterioradas han sido germen de regímenes fascistas y autoritarios. Y hacia este tipo de regímenes parece que nos encaminamos con zonas privilegiadas, muros, urbanizaciones cerradas, islas lujosas, cotos privados, fronteras protegidas y suburbios y regiones mundiales donde campe la muerte. Algo como lo que ya se vive de hecho en buena parte del mundo.

Una alternativa que aparentemente no tiene que ver con el neofascismo es encarar el futuro exclusivamente desde la técnica dejando de lado la reflexión sobre cómo serán nuestros sistemas políticos o nuestras sociedades. Se piensa en la inteligencia artificial, en las máquinas, en los robots, en las nanotecnologías, o en la colonización de espacios extraterrestres.

El astrofísico Stephen Hawking, por ejemplo, instó en 2017 a que la humanidad

comience a abandonar la Tierra en 30 años (2047) hacia la Luna, en 50 años (2067) hacia Marte, y luego a Alfa Centauri, nuestro sistema estelar más próximo⁴¹. Otros autores ponen toda la esperanza en proyectos transhumanos, en sobrevivir y existir recreando nosotros mismos otras formas de inteligencia más evolucionadas ya sea en forma de máquinas o con mezclas biotecnológicas⁴². A parte de una fe a prueba de bomba en la tecnociencia⁴³ es una opción que, quizás sin conciencia, va en la línea del neofascismo: se renuncia a las luchas para salvar la Tierra y la humanidad y se aplican soluciones elitistas: ¿Quiénes serían los elegidos?

6.4 Capitalismo autoritario (modelo chino)

La deriva autoritaria del capitalismo podría también dirigirse hacia el modelo chino. Ya hemos señalado en el anterior apartado que en situaciones de mayor escasez y desaparición de la clase media, es previsible un movimiento cada vez mayor de parte de la población a favor de este tipo de soluciones: seguridad a cambio de libertad. En este sentido, hace tiempo que liberales convencidos, viendo el éxito económico de China, señalan la China como el camino a seguir. El liberalismo económico, recordemos la idea de redu-

39 N. Stern, *Stern Review on The Economics of Climate Change* (pre-publication edition). Executive Summary. 2006.

40 Como vía para la salvación del sistema actual ya fue señalado por Susan George en *Como preservar el capitalismo en el siglo XXI*, Ed. Icaria, 2008.

41 [“4 advertencias de Stephen Hawking sobre los peligros que amenazan a la humanidad”](#) 15/3/2018 BBC.

42 Por ejemplo, J. Lovelock, *Novacene: The coming age of hyperintelligence*, Allen Lane, 2019.

43 Cf. Transhumanismo, *Revista Perifèria, cristianisme, postmodernitat, globalització*, n. 4. 2017; J. Corominas, [“Crítica a la religión tecnocientífica”](#), *Revista Perifèria*, Ibíd., 2017.



Foto de Dolors Gibert. Sèrie "Natura i territori".

cir al mínimo la intervención del estado, acabaría paradójicamente apoyando un estado autoritario: "La China es la utopía realizada del liberalismo en la que la única libertad es finalmente la de consumir"⁴⁴.

A través del control de los móviles, del estado policial digital, se podría controlar a todos y cada uno de los ciudadanos en todo momento y circunstancia. El régimen chino controla absolutamente la política y apoya en todo momento la generación de riqueza, la libertad de mercado, la propiedad privada, las decisiones económicas descentralizadas con un amplio margen de maniobra para la toma de decisiones a escala local, mientras que la autoridad central dirige las estrategias y políticas macroeconómicas a escala nacional en sentido amplio y se reserva áreas estratégicas. Este tipo de capitalismo podría

adoptar fácilmente medidas maltusianas para mantener la lógica del crecimiento, proteger los privilegios de algunos, satisfacer la adicción consumista de la mayoría y perseguir sólo a una minoría interesada en cuestiones etéreas como la democracia y la libertad.

6.5 Capitalismo progresista, *Green New Deal*

Se llame capitalismo progresista (Joseph Stiglitz⁴⁵), o *Green New Deal* (Alexandria Ocasio-Cortez⁴⁶) de lo que se trata es de generar energía a partir de las energías renovables. Sin embargo, diversos autores nos advierten de que las energías renovables (incluyendo la biomasa) no son suficientes para mantener los niveles de consumo actuales⁴⁷. En el mejor de los casos, con las tecnologías de las que ahora disponemos, no llegaríamos a alcanzar la mitad del consumo actual. Estas limitaciones provienen de que, frente a los combustibles fósiles que se usan en forma de energía almacenada, las renovables, al menos de momento, son flujos de energía mucho más difíciles de almacenar. A esto hay que añadir que las renovables, aún hoy, son una extensión de los combustibles fósiles más que fuentes energéticas autónomas, ya que todas ellas requieren de la minería y el procesamiento de multitud de compuestos que se realiza gracias a los combustibles fósiles.

⁴⁵ J. E. Stiglitz, *Capitalismo progresista: La respuesta a la era del malestar*, Taurus, Madrid, 2020.

⁴⁶ "A Green New Deal" United Kingdom, 21/7/2008.

⁴⁷ Luis González Reyes, "[¿'Green New Deal'? ¿qué 'Green New Deal'?](#)", Contexto y acción, n. 215, abril, 3/4/2019.

⁴⁴ Alexandre Lobrouffe, agregado cultural de Francia en Wuhan. Citado por J. Ramoneda, "I després del virus, què?". *Diari Ara*, 25-3-2020, p 40.

Uno de los *leitmotiv* de este capitalismo es la desmaterialización de la economía. Se sostiene que la economía puede seguir creciendo y, simultáneamente, reducir el consumo de energía y los impactos ambientales de la producción. Para diversos autores el supuesto carácter inmaterial de la “sociedad virtual” y su condición ambiental inocua son un espejismo que oculta su específica base material. Para fabricar un ordenador es necesario extraer y procesar mil veces su peso en materiales, muchos de ellos escasos, a lo que hay que sumar el impacto del transporte de productos y de su producción⁴⁸. Por otra parte, el funcionamiento del ciberespacio y la sociedad de la imagen demandan una considerable cantidad de energía eléctrica, piénsese sólo en este detalle: el tráfico de Internet, sin contar con las infraestructuras, produce tanto CO2 como la economía alemana o la industria de la aviación⁴⁹. A todo lo anterior hay que añadir la imprescindible fabricación y mantenimiento de las infraestructuras (cables, satélites, antenas...)⁵⁰.

Lo que si cabe concebir es una “desmaterialización relativa”, es decir, una disminución de la cantidad de recursos por unidad producida de bienes o servicios. Esto es algo que ya se está implementando en economías que cuentan con ciertas inno-

vaciones tecnológicas, pero muchas veces se basa en externalizar los consumos e impactos deslocalizando procesos contaminantes con alto consumo de energía y materiales. Al analizar las cuentas de la economía global vemos que esto no es más que un truco contable⁵¹.

Algunos de los defensores de la desmaterialización de la economía sostienen una especie de tecno-optimismo casi mítico, lo que en otra parte llamaba una religión tecnocientífica⁵². Se sostiene que la ciencia y la tecnología serán capaces de resolver cualquiera de los problemas del presente y del futuro. Pero el sistema tecnocientífico tiene límites: el primero es que ya se ha inventado lo que era “fácil” de inventar. Los descubrimientos actuales requieren de inversiones temporales, materiales, energéticas, económicas y humanas cada vez mayores. Las capacidades del sistema tecnocientífico son también limitadas. No lo puede todo. Además, lo que se espera no es que haya un avance genérico, sino que se descubra justo lo que haga falta en el momento preciso (fuentes de energía que sustituyan a los combustibles fósiles, vacuna para el coronavirus, o soluciones al cambio climático) y que se pueda implantar de forma inmediata a nivel mundial. Esto está mucho más cerca del término “milagro” que de la palabra “descubrimien-

48 O. Carpintero, “El metabolismo de la economía española: un análisis a largo plazo”. En: O. Carpintero (dir.), *El metabolismo económico regional español*, Madrid: FUHEM Ecosocial, 2015, p. 25-74.

49 J. Almodóvar y N. Ramírez, ¿Una red sin límites en un planeta limitado? *El ecologista* Nº 77, 2013, p. 34-36.

50 O. Carpintero, op. cit.

51 Ecologistas en acción, *Caminar sobre el abismo de los límites. Políticas ante la crisis ecológica, social y económica*, 2017, p. 19

52 J. Corominas, “[Crítica a la religión tecnocientífica](#)”, op. cit.

to”⁵³. Pero, por encima de todo ello, los problemas de la civilización actual no son fundamentalmente de índole tecnocientífica, sino política, económica y cultural, por lo que poco puede hacer la tecnología por resolverlos.

6.6 Capitalismo natural o nueva socialdemocracia

El llamado capitalismo natural⁵⁴, que podríamos entender como una socialdemocracia con conciencia ecológica, pone el acento en la defensa de los intereses de los sectores más débiles, la equidad, la democracia, y el respeto a los límites ambientales. La necesaria austeridad, derivada de la escasez de recursos naturales, sería compatible con una “buena vida” para la mayoría de la población, pero para ello sería imprescindible poner al mismo nivel prioritario las medidas ambientales y la de redistribución de la riqueza.

P. Hawken, A. Lovins y H. Lovins afirman que “El capitalismo, como se practica, es una aberración financieramente rentable y no sostenible en el desarrollo humano”⁵⁵, pero no ven el problema como algo que reside en el capitalismo mismo. No es, por decirlo así, un problema sistémico o estructural, sino adventicio, fruto de una

desviación de la lógica misma del sistema. Los autores distinguen entre cuatro tipos de capital, todos necesarios para la producción: capital humano, capital financiero, capital manufacturado y capital natural. El problema con la forma actual de capitalismo, argumentan, es que los precios actuales del mercado subestiman, y a menudo no valoran en absoluto, el cuarto factor: los recursos naturales y los sistemas ecológicos “que hacen que la vida sea posible y valga la pena vivir en este planeta”⁵⁶.

P. Hawken. A. Lovins y H. Lovins consideran que imponiendo impuestos sobre los recursos y la contaminación y eliminando los incentivos perversos que favorecen las prácticas destructivas del “capitalismo industrial” (subsidios agrícolas que fomentan la degradación del suelo, subsidios a las industrias de combustibles fósiles, etc.) los precios reflejarían los verdaderos costos del “capital natural”. Ello favorecería las tecnologías energéticas más sostenibles y los procesos más eficientes energéticamente que también deberían fomentarse mediante subsidios.

Si sabemos aprovechar adecuadamente la energía creativa del capitalismo y dejamos que los mercados hagan su trabajo P. Hawken A. Lovins y H. Lovins prevén un futuro brillante: “Imagine por un momento un mundo donde las ciudades se han vuelto pacíficas y serenas porque los automóviles y los autobuses son silenciosos, los vehículos solo emiten vapor de

⁵³ L. González Reyes. [“Necesitamos un plan B al crecimiento”](http://Eldiario.es). Eldiario.es, 22/2/2016

⁵⁴ P. Hawken, A. Lovins and L. Hunter Lovins, *Natural Capitalism: Creating the Next Industrial Revolution*, Little, Brown, Boston, 1999; Lovins, Amory B.; Lovins, L. Hunter; Hawken, Paul (2007-07-01). Harvard Business Review, Julio Agosto, 2007

⁵⁵ P. Hawken, A. Lovins and L. Hunter Lovins, *Natural Capitalism: Creating the Next Industrial Revolution*, op. cit., p. 5

⁵⁶ Ibíd, p.2

agua y los parques y vías verdes han reemplazado las autopistas urbanas innecesarias [...]. El nivel de vida de todas las personas ha mejorado dramáticamente, particularmente para los pobres y los países en desarrollo.”⁵⁷.

El problema de esta propuesta es que se mantiene el imperativo de crecimiento, que más pronto que tarde podría hacer inviable el sistema mismo. De algún modo mantiene la misma fe del *Green Deal* en una economía “desmaterializada” que pueda crecer indefinidamente sin consumir más energía y recursos naturales que los que puede reproducir sosteniblemente.

Aquí cabe integrar planteamientos como los de la Teoría del donut argumentada por Raworth. Se trata de un modelo de crecimiento sostenible en el que la valoración de costes debe integrar todas las variables extraeconómicas a las que afecte y las interconexiones de las repercusiones de la adopción de medidas. Cualquier empresa u organización debería dejar de centrarse en una única variable (el beneficio financiero, que solo repercute en la empresa y sus accionistas) para empezar a tener en cuenta otros tipos de ‘valor’ en los que basar el diseño de la actividad y la evaluación de resultados: variables sociales y medioambientales. Se aboga por una reducción drástica del consumo de recursos y materiales, hasta un 50%, la promoción del uso de materiales más sostenibles en la construcción de edificios, o la creación

de «pasaportes de materiales» en los que se identifiquen aquello susceptible de ser reutilizado en caso de demolición⁵⁸.



Foto de Dolors Gibert. Sèrie “Natura i territori”.

7. Alternativas socialistas

Llamamos a estas alternativas socialistas porque alteran alguno o algunos de los caracteres esenciales del sistema en una dirección democrática⁵⁹. Es decir, aquellos caracteres que hacen que podamos decir que un determinado sistema es capitalista y que hemos mencionado en el anterior apartado: el mercado libre, la propiedad privada de los medios de producción y la propiedad privada del capital.

7.1 Socialismo de estado

Su máxima expresión se encontró bajo el estalinismo soviético y desde luego se

⁵⁸ Kate Raworth, [La economía del donut](https://eldiario.es/la-economia-del-donut), Eldiario.es

⁵⁹ “La esencia del socialismo es ésta: Todos los medios de producción se hallan bajo el control de la comunidad organizada. Esto y nada más que esto es socialismo. Todas las demás definiciones son engañosas.” “[Diversas concepciones del ideal socialista](#)”. Ludwig von Mises. [El socialismo](#). Sección III, Cap. XV, pp. 242-250 y p. 259. 2003, Unión Editorial.

⁵⁷ Ibíd, p.1.

podría producir, a pesar de su histórico fracaso económico, un retorno, ahora sustentado en el “Big data”, a este tipo de socialismo. Se trata de sustituir a los propietarios de las empresas por un propietario único: El estado. La nueva clase, la burocracia, es la que establece los precios del mercado, las inversiones y los salarios. Emma Goldman⁶⁰ ya señaló que este tipo de socialismo suponía una estratificación de la sociedad más poderosa que el capitalismo socialdemócrata. “Los bolcheviques han creado una vasta burocracia soviética, que goza de privilegios especiales y una autoridad casi ilimitada sobre las masas, industriales y agrícolas. Por encima de esa burocracia está la clase aún más privilegiada de “camaradas responsables”, la nueva aristocracia soviética. La clase industrial se divide y subdivide en numerosas gradaciones”⁶¹.

El socialismo de estado no sólo supuso una explotación de los trabajadores en beneficio de una capa burocrática y una rémora ineficiente para establecer los precios en los mercados, sino que desde el punto de vista ecológico mostraron una gran ineficiencia y depredación en el uso de recursos naturales y además, por ausencia de libertades, carecieron de movimientos ecologistas que contribuyeran con sus acciones a incrementar los costos que empresas o servicios estatales deben pagar cuando destrozan el ambiente. Pero nada impediría que una nueva casta se hiciera con el poder aprovechándose

del miedo, la infantilización de la sociedad y la reivindicación de una “autoridad” que nos proteja.

7.2 Socialismo participativo

Thomas Piketty es el mayor exponente del socialismo participativo. Empieza advirtiéndolo que en la actualidad se ha producido “una especie de retorno a la lógica profunda de las sociedades trifuncionales antiguas, basadas en el reparto de roles entre élites intelectuales y élites guerreras, con la diferencia [de] que estas últimas han sido reemplazadas por élites mercantiles”⁶². Los clérigos eran la clase religiosa e intelectual que ejercía la hegemonía espiritual; los nobles la clase guerrera y militar que ejercía el poder político-militar; y el tercer estado los plebeyos, compuestos por campesinos, artesanos y comerciantes y que hoy correspondería a la clase trabajadora y a los excluidos de todo trabajo. Se trata de sociedades trifuncionales en las cuales la gran desigualdad se justifica por el hecho de que cada grupo social tiene un papel, que para los otros dos grupos es indispensable. Según Piketty, ha surgido una “izquierda brahmán” formada por partidos cuya base electoral ya no son los desposeídos y menos educados, sino que sirven precisamente para apuntalar el sistema, adoptando la misma función de los clérigos de antaño y dejan-

60 “There is no comunism in URSS”, *H.L. Mencken's journal American Mercury*, volume XXXIV, April 1935

61 Ibid.

62 T. Piketty, *Capital e Ideología*, Ed. Deusto, 2019, p. 897. Piketty toma la noción de sociedad ternaria de D. Dumézil. D. Dumézil sostiene que esta estructura ternaria se ha mantenido en todos los pueblos indoeuropeos hasta la revolución francesa. Cf. Georges Dumézil, *Mythe et Épopée* I. II. & III., Gallimard, Paris, 1995.

do a las clases populares en la intemperie política y a la merced de los mensajes nacionalistas y racistas.

En su programa de “socialismo participativo” la propiedad privada sería sustituida por la propiedad temporal, habría impuestos fuertemente progresivos que permitirían una dotación universal de capital a todos y una circulación permanente de las fortunas (los impuestos a la propiedad privada deberían permitir un sistema de dotación de capital entregado a cada joven adulto al cumplir los veinticinco años). Cada generación podría acumular bienes considerables a condición de que regrese a la colectividad una gran parte de la riqueza al pasar a la generación siguiente (mediante importantes impuestos a las herencias). En las empresas habría una cogestión gracias a que en sus consejos de administración los asalariados contarían con la mitad de los votos. Habría dispositivos institucionales para limitar la concentración de propiedades. Advierte que, aunque sus propuestas pueden parecer radicales, en realidad serían la continuación de un proceso que se inició a fines del siglo XIX y evolucionó a lo largo del siglo XX, pero que se interrumpió en los años ochenta con la eclosión del capitalismo neoliberal.

El socialismo participativo, como las fórmulas capitalistas socialdemócratas, también pasa por una regulación colectiva de las emisiones de carbono que contribuya a la financiación de los seguros sociales

y por una renta básica, así como por una transición ecológica y un sistema educativo verdaderamente igualitario.

7.3 Ecosocialismo

Para los ecosocialistas como Joel Kovel⁶³ las reformas parciales que proponen los capitalistas verdes son del todo insuficientes: hay que sustituir la microrracionalidad del beneficio por una macrorracionalidad social y ecológica. La primera cuestión que se plantea es, por tanto, la del control de los medios de producción y, sobre todo, de las decisiones sobre las inversiones y la mutación tecnológica: hay que arrancarle a los bancos y a las empresas capitalistas el poder de decisión en estos ámbitos y restituirselo a la sociedad, que es la única que puede tomar en consideración el interés general.

Para ello conviene una planificación democrática local, nacional y, tarde o temprano, internacional que defina: 1) qué productos deben subvencionarse o incluso distribuirse gratuitamente; 2) cuáles son las opciones energéticas que hay que impulsar, sean o no las más «rentables» en un primer momento; 3) cómo reorganizar el sistema de transportes, en función de criterios sociales y ecológicos; 4) qué medidas hay que tomar para reparar, cuanto antes, los gigantescos estragos medioambientales que ha dejado como «herencia» el capitalismo. Y así sucesivamente... Esta transición no solo conduciría a un nuevo modo

⁶³ J. Kovel, *The Enemy of Nature: The End of Capitalism or the End of the World?* Zed Books, New York, 2007.

de producción y a una sociedad igualitaria y democrática, sino también a un modo de vida alternativo, a una nueva civilización, ecosocialista, más allá del reino del dinero, de los hábitos de consumo artificialmente inducidos por la publicidad y la producción hasta el infinito de mercancías dañinas para el medio ambiente.

7.4 Democracia económica

Entre los diferentes modelos de democracia económica me parece muy interesante el de la “democracia económica” de David Schweickart⁶⁴, que mantiene la eficiencia del capitalismo y es compatible con la sostenibilidad ecológica. Schweickart señala que el “mercado libre”, tan venerado por los capitalistas, en realidad está compuesto por tres tipos de mercado: mercado de bienes y servicios, mercado laboral y mercado de capitales. Su propuesta consiste básicamente en mantener un mercado libre, en cooperativizar el mercado laboral y en controlar democráticamente el mercado de capitales.

En la democracia económica **el mercado de bienes y servicios** sería básicamente el mismo que el actual. Schweickart considera que la experiencia histórica nos ha demostrado claramente que los merca-

dos son un componente necesario para que el socialismo sea viable. La planificación central no funciona en una economía sofisticada. Son demasiado grandes los problemas que se plantean en términos de conocimiento e incentivo. Por lo tanto, la democracia económica sería una economía de mercado competitiva. Pero estos mercados deberían limitarse en buena parte a los bienes y servicios. No deberían incluir al trabajo ni al capital.

La **democracia en el lugar de trabajo**, al modo de algunas empresas cooperativas actuales, sustituiría a la institución capitalista del trabajo asalariado. Las empresas no se consideran entidades que puedan comprarse o venderse sino como comunidades. Si una empresa contrata un trabajador, este trabajador tiene derecho a votar a los miembros de un consejo de trabajadores. Este consejo nombra a los cargos directivos y supervisa las decisiones empresariales importantes. Aunque se permite a los gestores un grado de autonomía, en último término son responsables ante los trabajadores. Los beneficios de la empresa se reparten entre los trabajadores que no reciben un salario pactado, sino una parte de los beneficios. El reparto no tiene que ser equitativo, pero los ingresos de todos están vinculados directamente a la productividad de la empresa, de ahí el incentivo de trabajar diligente y eficientemente, y de asegurarse de que los otros compañeros también lo hagan.

La “ganancia” bajo la democracia económica es conceptualmente distinta de

64 David Schweickart, *Más allá del capitalismo*, Sal Terrae, 1997. Hay otros economistas y pensadores que desarrollan la idea de un cooperativismo global donde la excepción serían las empresas capitalistas como lo son ahora las cooperativas. De las empresas capitalistas se rescataría el valor creativo y emprendedor, pero se eliminaría todo rentismo. Cf. J. Guinan, Martin O'Neill, *The Case for Community Wealth Building*, Polity pre, 2019; C. Berry y Joe Guinan, *People get ready*, Kindle edition, 2018.

la ganancia capitalista. En ambos casos, el deseo de obtener ganancias motiva la producción y el beneficio se define como la diferencia entre los ingresos por ventas y los costos. Pero en una empresa capitalista, la mano de obra es un costo y en una empresa democrática no. En una empresa democrática, la ganancia es la diferencia entre los ingresos por ventas y los costos no laborales y se destina a los trabajadores como ingreso. Esta diferencia explicaría, según Schweickart, las diferencias motivacionales fundamentales. Se incentiva a los trabajadores a usar sus materiales no laborales de manera eficiente y a organizar su tiempo de trabajo de manera efectiva, pero no a mantener una expansión permanente ni a reducir el “costo” de la mano de obra. Como las ganancias no se obtienen rebajando el precio de la mano de obra también disminuye el interés de los cooperativistas de trasladar sus instalaciones al extranjero, donde los costos laborales son más bajos y las regulaciones ambientales menos estrictas.

La pregunta que se hace Schweickart es: ¿Cómo es posible que países que defienden la democracia, y que permiten elegir alcaldes, autoridades regionales y líderes capaces de enviarnos a la guerra, no dejen elegir a los directores en el lugar de trabajo?

La respuesta habitual es que la democracia en los centros de trabajo no funciona, que los trabajadores carecen de las competencias y de la autodisciplina

para elegir a los buenos gestores. Pero, como asevera Schweickart, el problema que plantea esta respuesta es que es empíricamente falsa. El mundo está lleno de empresas de éxito que están dirigidas por los trabajadores. Se han realizado numerosos estudios en este sentido y no hay un solo estudio comparativo que demuestre que el modelo autoritario capitalista es, *per se*, superior al democrático⁶⁵.

Sin duda, la democracia en la empresa plantea problemas: la dirección necesita autonomía suficiente para tomar decisiones difíciles; el exceso de debate puede consumir mucho tiempo y dificultar que se pongan en marcha las actuaciones oportunas; las mayorías pueden llegar a oprimir a las minorías⁶⁶; se pueden elegir a gestores incompetentes. La democracia en los centros de trabajo funciona con unas estructuras adecuadas, pero nunca será un funcionamiento perfecto. En la empresa también es aplicable el dicho de Churchill: «La democracia es el peor de todos los sistemas políticos, con excepción de todos los restantes».

Para evitar la dependencia de los inversores privados los fondos de inversión se generarían regionalmente por departamentos, regiones, confederaciones o

⁶⁵ Cf. McKibben, Bill. 2007. “Happiness Is...” *The Ecologist*, January 2, 2007.

⁶⁶ Hay un largo debate cooperativo sobre el voto en la asamblea general: voto individual (cada persona un voto), voto plural, etc.... Cf. Miguel Angel Santos, *El poder de decisión del socio en las sociedades cooperativas: la asamblea general*. Tesis doctoral, 2013.

uniones de estados, e instituciones mundiales controladas democráticamente. Se gravarían los activos de capital, un impuesto de tipo fijo sobre la propiedad aplicable a todas las empresas. Todos los ingresos derivados se reinvertirían en la economía. Cada región del país tendría derecho a obtener su parte per cápita. Los fondos se destinarían a la banca pública, que los canalizarían de nuevo a la economía, basándose en criterios tanto sociales como económicos entre los que se incluye la creación de empleo y la sensibilidad ecológica a la hora de conceder préstamos. Los gerentes de los bancos serían funcionarios públicos, encargados de asignar efectivamente los fondos que se les confían y su trabajo se monitorizaría públicamente. No habría mercados de valores, ni mercados de bonos, ni *hedge funds*, ni “bancos de inversión” privados que amañaran obligaciones de deuda colaterales, permuta de divisas y toda una miríada de derivados que obsesionan a los banqueros y a los inversionistas de hoy. Por lo tanto, no habría oportunidad para la especulación financiera.



Foto de Dolors Gibert. Sèrie “Natura i territori”.

El control democrático del capital, es decir, de la inversión, le da a la democracia económica otra gran ventaja sobre el capitalismo con respecto al cambio climático. En la democracia económica prácticamente todas las nuevas inversiones provienen de fondos públicos. Por lo tanto, la inversión puede dirigirse específicamente a cumplir objetivos ambientales: energía renovable, empleo alternativo para los trabajadores afectados negativamente por el cambio de los combustibles fósiles y de aquellos sectores cuyo objetivo es alentar a los “consumidores” a comprar más y más cosas. La asignación de inversiones puede alentar una producción más localizada, formas de agricultura más saludables y ambientalmente más sostenibles, etc.

En una democracia económica la economía no estaría secuestrada por “la confianza de los inversores”. Como no existirían los inversores privados no nos preocuparía que los inversores retiraran su dinero de los mercados financieros y desencadenaran una recesión. La competencia democrática también sería menos intensa que la competencia capitalista. Las empresas competirían por la cuota de mercado, pero no por el dominio del mercado. No tendrían el mismo imperativo de “crecer o morir” que tienen las empresas capitalistas. Ni la codicia ni el miedo funcionarían de la misma manera. Por codiciosos que fueran los trabajadores, no podrían aumentar sus ingresos expandiéndose. Al mismo tiempo, no tendrían que preocuparse tanto por ser expulsados del negocio por un rival más

innovador o eficiente. Tendrían más tiempo y menos competencia para adaptarse, para copiar cualquier innovación exitosa que su rival haya introducido.

En el modelo de democracia económica que dibuja Schweickart los aumentos de productividad se podrían traducir en un aumento del ocio en lugar de un consumo en eterno crecimiento. Al introducir una tecnología más productiva en una empresa democrática, los trabajadores podrían optar por canjear los beneficios por semanas laborales más cortas, o vacaciones más largas, en lugar de por ingresos más altos, algo impensable en una empresa capitalista. La economía seguiría experimentando un “crecimiento”, pero este se traduciría en un aumento, sobre todo, del tiempo libre, y no del consumo.

Es interesante llamar la atención sobre el hecho de que Keynes, uno de los mayores economistas del siglo XX, ya anticipó la posibilidad de una economía basada en el ocio. En un relevante ensayo que escribió al comienzo de la Gran Depresión especulaba sobre el aspecto que tendría nuestro mundo un siglo después:

“Esbozaremos un plan de vida bastante distinto al de los ricos de hoy [...]. El trabajo será lo más compartido posible, en turnos de tres horas o en semanas laborales de quince horas [...]. Nuestra moral también cambiará enormemente [...]. Nos imaginamos libres de retomar algunos de los principios más claros y certeros de la religión y de la virtud tradicional: que la ava-

ricia es un vicio, que la extracción de la usura es un delito menor, y que el amor por el dinero es detestable [...]. Honraremos a quienes puedan enseñarnos a aprovechar cada hora y cada día en la virtud, esas gentes deliciosas capaces de disfrutar plenamente de las cosas”⁶⁷.

Si el consumo excesivo (consumismo) es una amenaza ambiental grave, y si la competencia del mercado es esencial para una economía que funcione eficientemente, entonces es vital contar con un sistema que ofrezca incentivos de no consumo para sus negocios. Schweickart defiende que el aumento del ocio es una opción fácilmente disponible en una empresa democrática. Pero no en una empresa capitalista. La lucha para acortar la jornada laboral, para conseguir más tiempo de vacaciones, más tiempo libre, ha existido desde el inicio del capitalismo, pero siempre ha sido resistida por el capital pues las empresas no ganan más dinero al dar a los trabajadores más tiempo libre.

Sin duda, una conciencia ambiental, o al menos una conciencia de lo que realmente hace felices a las personas, no entra en conflicto con los imperativos estructurales de una economía democrática, como lo hace con los imperativos del capitalismo neoliberal. Sin embargo, sin un cambio cultural la estructura cooperativa no puede garantizar por ella misma una actitud de respeto ecológico y así creo

⁶⁷ Cf. J. M. Keynes, «Economic Possibilities for Our Grandchildren», en *Essays in Persuasion*, Norton, Nueva York, 1963, pp. 368-372.

que lo percibe también D. Schweickart. Al preservarse un mercado competitivo y el incentivo de los beneficios, aunque ahora no sean salariales, una determinada empresa cooperativa y sus trabajadores podrían aprovecharse de cualquier resquicio para continuar promoviendo un crecimiento desaforado, podrían también promover leyes estatales en este sentido e intentar hundir a las otras empresas, expandirse y reproducir a escala cooperativa una mentalidad capitalista.

También vemos que el aumento del ocio, sin cambios de mentalidad, puede fácilmente aumentar el consumo. En Filipinas, en El Salvador, en USA, en todos los países del mundo, los grandes “*Malls*” se encuentran concurridísimos de gente, solo para pasar horas y horas mirando escaparates, soñando en el día que podrán adquirir lo que desean. Personas de escasos recursos realizan el viaje de su vida visitando los centros comerciales más grandes del país o del mundo y hay, al igual que con los rascacielos, una verdadera pugna entre estados para tener el mayor “*Mall*” del planeta⁶⁸. En este sentido, la famosa película *Parásitos* es una extraordinaria parábola de la interiorización del sistema por los más perjudicados por él.

Y, por último, el mismo Schweickart habla de alcanzar un desarrollo sostenible que entiendo que implica algún género de crecimiento, que además parece im-

prescindible si dentro de 100 años, como pronostica la ONU, llegamos a los 11000 millones de personas y queremos atender todas sus necesidades. Aunque tomemos medidas democráticas para evitar el crecimiento de la población es difícil de pensar que, en los próximos años, sin grandes desastres, el crecimiento poblacional se estabilizará.

En cualquier caso, creo que el debate económico-político-cultural para abordar la crisis ecológica y beneficiar la humanidad entera se halla entre algunas formas de capitalismo (capitalismo verde, socialdemocracia mundial, capitalismo natural...) y algunas formas de socialismo (Ecosocialismo, socialismo participativo, democracia económica, cooperativismo). Las formas liberales del capitalismo y las formas estatales del socialismo han demostrado y demuestran que son parte del problema y no de la solución.

8. Revolución cultural

En algo que coinciden todas las alternativas socialistas que quieren salvaguardar el conjunto de la humanidad es en la necesidad de una revolución cultural, un cambio radical en las formas de ver, concebir y actuar.

Sobre todo, cuestionan el nexo íntimo que establece el capitalismo entre consumismo y felicidad. Joel Kovel postula que “el más grande de los logros del sistema (el que cumple plenamente su destino de expansión) es la conversión al modo capitalista de

⁶⁸ <https://viajes.lavozdegalicia.es/noticia/2019/12/20/centros-comerciales-grandes-mundo/00031576857869426851250.htm>

pensar”⁶⁹. El sistema econòmic se alimenta de una religió que practican milers de milions de persones: la del consumisme desaforat i la obsessió per l’enriquiment econòmic. Els milionaris són envidiats i les classes mitjanes i baixes queden deslumbrades per el brillor dels grans lujos. El decreixement no sembla res atractiu. Se presenta sempre com una opció per eremites, sants, o joves ingenuos. De fet, les concepcions «productivistes», el produir per produir, són, excepte per algunes cultures aïllades, mundialment hegemòniques. El sistema capitalista no solament ens aboca a una crisi ecològica sinó també a una crisi de sentit: ¿vale la pena viure la vida pendent del consum, la producció, l’acumulació, i la riquesa? ¿Com pot ser sinònim d’èxit acumular coses en la vida com un chatarrer?

En esta revolució cultural és bàsic trobar sentit en una vida quantitativament humil però qualitativament rica, és dir, tractar cada dia de extirpar-nos més i més del model adictiu de consum, que funciona com qualsevol droga, i que ens redueix a sacs bucsos que han de omplir-se de mercaderies per ser. El consumisme no és més que una compensació miserable per a una existència miserable. Se tractaria de posar l’accent en un desenvolupament qualitatiu orientant la producció cap a la satisfacció de les necessitats autèntiques, començant per les bàsiques: l’aigua, els aliments, el vestit i la vivenda i acabant per les espirituals: amistat, cultura, etc.

Aunque mantengamos una antropología muy pesimista, o, aunque sea verdad que los individuos se mueven por deseos y aspiraciones infinitas, de lo que se trata es de demostrar que estos deseos infinitos se pueden colmar mejor con actividades culturales, lúdicas, eróticas, deportivas, artísticas y políticas, que con la eterna acumulación de bienes y productos.

Numerosos “estudios de felicidad” verifican lo que las enseñanzas religiosas tradicionales siempre han mantenido: más allá de cierto punto, un mayor consumo no aumenta la felicidad general. El escritor ambiental Bill McKibben cita algunas de las pruebas: “En comparación con 1950, la familia estadounidense promedio ahora posee el doble de automóviles, usa 21 veces más plástico y viaja 25 veces más en avión. El Producto Interno Bruto se ha triplicado desde 1950 en los EE. UU. Obviamente comemos más calorías. Y, sin embargo, el medidor de satisfacción parece no haberse movido. Al contrario, han aumentado el número de estadounidenses que dicen que sus matrimonios son infelices, que sus trabajos son horribles y que no les gusta el lugar donde viven. El número que, a pesar de todo, dice que están “muy felices” con sus vidas ha disminuido constantemente durante ese período. Lo mismo se constata en el Reino Unido donde el producto interno bruto per cápita creció un 66% entre 1973 y 2001, y, sin embargo, la satisfacción de la gente con sus vidas no ha cambiado ni un ápice. Tampoco se movió en Japón, a pesar de un aumento de cinco veces en los

69 J. Kovel, op. cit., p. 78.

ingresos en los años de la posguerra”⁷⁰.

¿Por qué un mayor consumo no se correlaciona con más felicidad? Una razón clave parece ser que a medida que aumentan los ingresos, las compras se convierten cada vez más en bienes «posicionales», bienes deseables no por su satisfacción intrínseca, sino por el estado que confieren en relación con el grupo de referencia de uno. Quiero una casa más grande, no porque necesite una casa más grande, sino porque la casa más grande me dará más estatus a los ojos de mis vecinos, amigos y conocidos. Así que nos encontramos en una cinta de correr, corriendo cada vez más rápido (consumiendo más y más), pero permaneciendo en el mismo lugar (en el medidor de felicidad).

Unos hábitos austeros y unas altas dosis de solidaridad y empatía mejorarían la vida física de la mayoría de la humanidad y la vida espiritual de las minorías ricas. Como afirmaba Gandhi: “La tierra proporciona suficiente para las necesidades de cada hombre, pero no para la codicia de cada hombre”.

9. El poder y la responsabilidad de cada uno

Es imprescindible tener alternativas que puedan guiar la acción e ir más allá de la crítica. Ha habido y hay por doquier luchas incontables, heroicas e imposibles de enumerar, contra el sistema capitalista

vigente. Pero más allá del corto plazo, estas luchas, al no disponer de una alternativa más cautivante que los estímulos del sistema dominante, sucumben. Sin un proyecto económico posible y viable no es posible crear otro sistema.

También es imprescindible una estrategia para llegar a sistemas alternativos ecológicamente sostenibles sin exterminios masivos. ¿Como caminamos hacia ellos? ¿Qué papel podemos llegar a tener los ciudadanos en la reorientación política del mundo? ¿De qué poder real disponemos?

Necesitamos, sin duda, un movimiento global, un movimiento plural, en el que puedan participar personas de diferentes culturas, creencias, cosmovisiones (*Sumak Kawsay* o Buen Vivir, Tierra sin males, Reino de Dios, ataraxia epicúrea y estoica, forma de vida budista, etc.) y pensamientos políticos, capaz de lograr una influencia decisiva tanto en diferentes países como a nivel mundial. De hecho, ya hay un montón de iniciativas en este sentido. Sea cual sea esta estrategia no se podrá prescindir de los esfuerzos científico-tecnológicos no solo para evitar una catástrofe, sino en el proceso, para mejorar la vida humana y hacerla más saludable y feliz. Como en el planeta tierra no es posible establecer oasis ecológicos parece obvio que hay que caminar hacia una gobernanza mundial. Esto quiere decir avanzar en estructuras democráticas desde los lugares de trabajo hasta las instituciones mundiales.

⁷⁰ Bill McKibben cita algunas de las pruebas. Cf. Bill McKibben, op. cit. p.36. También su artículo [“Money? Happiness”](#) En *Mother Jones review*.

Sabemos que los mas afectados por el daño ecológico (por ejemplo, los más de mil millones de personas en todo el mundo que viven en *bidonville* o chabolas) son los que menos responsabilidad tienen en él. La democratización del mundo, más allá de los estados nacionales, podría ser un instrumento a su favor. En la perspectiva del humanismo ecológico que hemos defendido no es tanto la Tierra la que debe salvarse, sino la humanidad. En la Tierra ya se han producido cinco extinciones masivas, a intervalos de 50 a 100 millones de años, cada una de las cuales ha conducido a la desaparición de casi todas las especies. Si la humanidad desaparece mañana por la mañana, la vida probablemente encontrará su camino y continuará mucho después de nosotros. Pero para salvar la humanidad en su conjunto parece que hay que cambiar de sistema socio-económico o introducir

cambios profundos en él⁷¹.

Por supuesto, que haya alternativas a la autodestrucción y que incluso puedan dibujarse caminos transitables para un mejor futuro no significa que no triunfen los escenarios apocalípticos: Las fuerzas derechistas (extraordinariamente bien financiadas⁷²) del fascismo posmoderno imperante seguirán defendiendo los privilegios de una minoría a costa de las futuras generaciones. Y vemos cada día la dificultad de resistir este fascismo: Por ejemplo, cuando la inmigración masiva empieza a afectar negativamente a muchos trabajadores y clases medias en los países de acogida, ningún partido de izquierdas llama, si no quiere perder votos, a abrir las fronteras en nombre de la solidaridad humana. Lo más probable es que apoyen cuotas de inmigración más estrictas, por temor a una reacción fascista aún mayor, ¿pero que pasará si aumentan, como proba-



Foto de Dolors Gibert. Sèrie "Natura i territori".

71 J. W. Moore, historiador medioambientalista, propone el término capitaloceno en lugar del término Antropoceno. Cf. J. W. Moore, "The Capitalocene, Part I: on the nature and origins of our ecological crisis", *The Journal of Peasant Studies*, 2017, Vol. 44, No. 3, pp. 594-630. Según Moore el 71 por ciento de las emisiones globales se remontan a las actividades de solo 100 megacorporaciones. Esto indicaría que no nos enfrentamos a una crisis maltusiana de sobrepoblación, sino a una crisis de sobreacumulación desenfrenada, que ha provocado una "fisura irreparable" en la interacción entre la humanidad y el resto de la naturaleza hasta el punto de que la supervivencia del sistema capitalista ha llegado a constituir una amenaza existencial para la supervivencia de la humanidad en su conjunto.

72 Sólo una familia en Estados Unidos, la de los hermanos Koch, invirtió 400 millones entre los años 2011 y 2012 en causas reaccionarias. Su fortuna asciende a unos 100.000 millones de dólares. Véase en este mismo número de la revista el interesantísimo artículo de D. Schweickart.

blemente lo harán debido al crecimiento de la desigualdad y al mismo cambio climático, las corrientes migratorias?

Debemos reconocer que incluso si hay millones de activistas luchando por la justicia ambiental, solo estamos hablando de una pequeña fracción de los más de 7 mil millones de personas que poblamos el planeta. Además, la probabilidad de que mi compromiso personal, por activo que sea, haga una diferencia significativa en el resultado final del proyecto de transformación del sistema económico parece pequeña. Ni siquiera la democratización de las relaciones sociales mundiales implica que éstas vayan a estar libres de motivaciones egoístas. Se puede optar democráticamente por las satisfacciones inmediatas, a costa de las generaciones futuras. El ser humano es muy capaz de detectar una grave injusticia en las grandes diferencias que existen, por ejemplo, entre los salarios de los ejecutivos de elite y los salarios de los demás trabajadores. Otra cosa muy distinta es renunciar libremente a una oferta de aumento salarial.

Los imperativos éticos ligados a la ecología nos ponen ante la tesitura de la renuncia a la acumulación y a determinadas forma de vida de las clases medias y altas mundiales. Pero ¿por qué renunciar? Una cosa es conocer la obligación ética de hacerlo, y otra cosa es estar suficientemente motivado para llevarla a cabo, especialmente cuando esta renuncia se debe hacer en favor de las generaciones todavía no nacidas. Para persistir, incluso bajo el fracaso, la sensación de impoten-

cia y los incentivos permanentes para el desanimo, la desesperanza y el cinismo, que son las armas más poderosas del poder, se necesita algo más que una ética, se necesita lo que normalmente llamamos una espiritualidad, una disposición a vivir de un determinado modo.

El poder del sistema capitalista es tremendo. Ya hemos señalado anteriormente que su mayor logro es la colonización del pensamiento y de los actos cotidianos de cada uno, la “conversión” de cada uno de nosotros a su modo de pensar y de hacer. El sistema nos inocular un virus peor que el SARS CoV-2, el virus del antihumanismo, la reducción de la persona a cosa en todos los intersticios de la vida cotidiana y no solo sin que nos demos cuenta, sino con nuestra anuencia y cooperación. Podríamos poner cientos de ejemplos. Uno de ellos lo tenemos en una aplicación como Tinder con unos cien millones de usuarios en el mundo y un crecimiento exponencial. En esta aplicación se busca pareja como quien ordena una pizza, y con un simple “me gustas” o “no me gustas” se pasa de una persona a otra. Se trata a las personas como cosas: “Queremos descargarnos a la persona perfecta para nosotros como si fuera una aplicación nueva; que puede actualizarse cada vez que hay un fallo, guardarse fácilmente en una carpeta y borrarse cuando ya no se utiliza”⁷³.

73 Krysti Wilkinson, «We Are the Generation That Doesn't Want Relationships», *The Huffington Post* 29/4/2016

Sin una espiritualidad humanista no hay modo de resistir la apabullante y atractiva religión consumista. Hay, desde luego, diversas espiritualidades ateas, agnósticas y religiosas que coinciden con el humanismo ecológico que aquí hemos defendido, que comparten la solidaridad y las luchas por la vida, que no disuelven el rostro concreto de las personas en “la humanidad”, y que redescubren la trama de la vida, singular y única pero compartible, como distintivo básico de los seres humanos. Sin ellas difícilmente podremos vencer el absurdo de la existencia y encontrar una felicidad inconmensurable con la que proporcionan las cosas: el consumo, la acumulación de bienes y el desprecio por el planeta tierra.